

didos bajo la denominación de temperamento esquizotímico. En estos sujetos se combina, por ejemplo, la estructura corporal enjuta y de agudo modelado con un espíritu autista, frío y nervioso. En los casos más favorables poseen los esquizotímicos precisamente aquello de que carecen los ciclotímicos: fino espíritu, capacidad de abstracción, idealismo, energía serena y tenacidad; y en los casos más pronunciados les falta precisamente lo que caracteriza al ciclotímico: materialismo, cálidos sentimientos, adaptabilidad y humor.

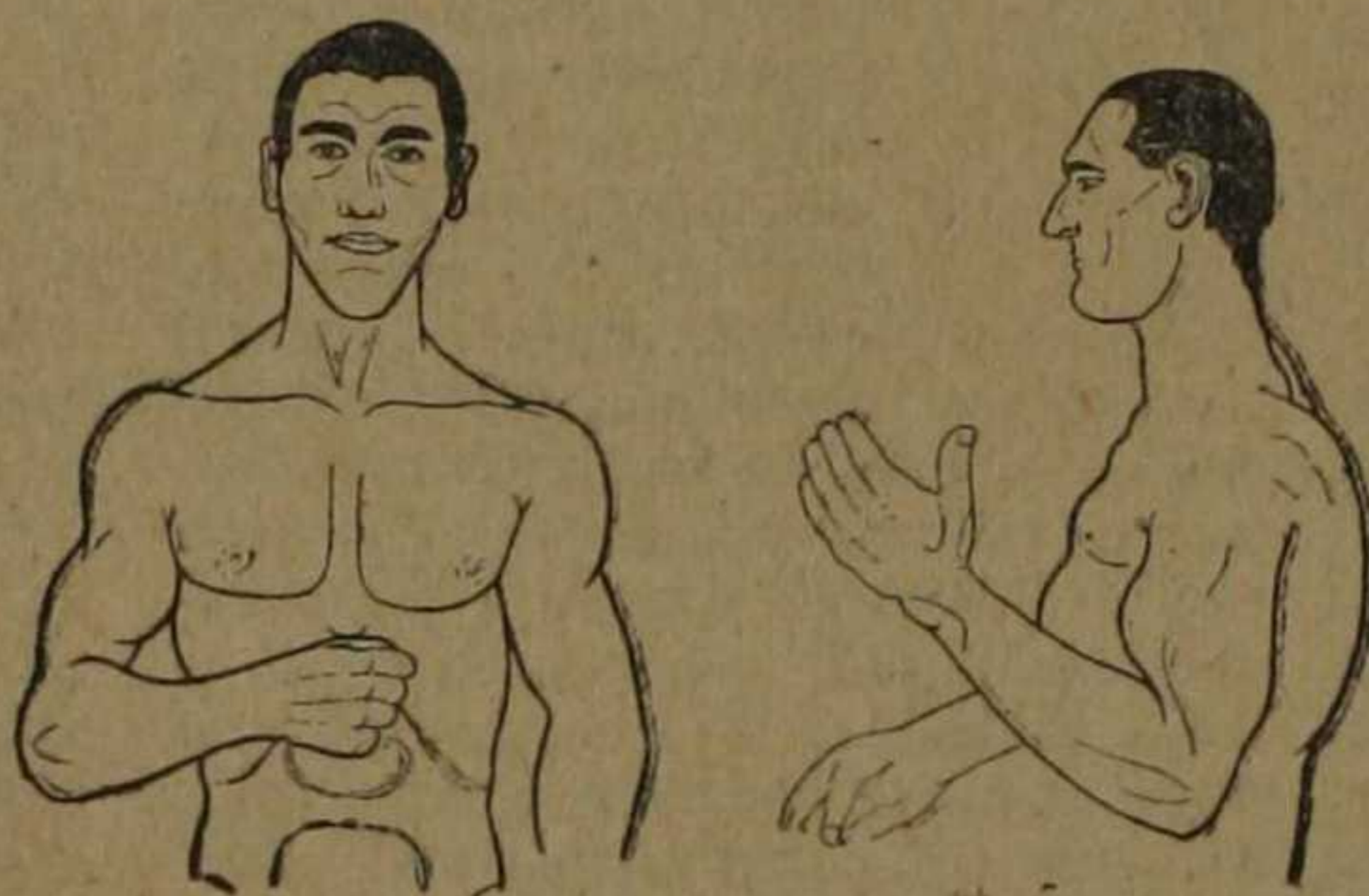
La herencia humana, que constantemente mezcla todas las disposiciones y cualidades espirituales y corporales, permite la existencia tan sólo de un determinado porcentaje de temperamentos puramente ciclo o esquizotímicos, e intercala entre ellos una serie de formas mixtas.

Temperamentos esquizotímicos y la correspondiente estructura corporal del grupo leptosomático, y en parte también del atlético, se observan ante todo entre los líricos puros (siempre que, al mismo tiempo, no sean narradores realistas), entre ciertas naturalezas patéticas, románticas e idealistas, y, además, de un modo pronunciado, entre los dramaturgos trágicos, cuyo objetivo literario fundamental se haya formado por la lucha estéril del

espíritu autista contra su contorno. Son esquizotímicos entre los sabios, principalmente los filósofos clásicos y muchos matemáticos. Espléndidos ejemplares de esta clase encontramos, por ejemplo, en Descartes, Spinoza, Locke, Kant, Voltaire; en Schiller, Calderón, Dante, Miguel Angel y muchos otros. También muchos conductores de la historia universal muestran este cuño esquizotímico: fríos, déspotas y fanáticos revolucionarios, grandes figuras de inexorable energía sistemática y gélida tenacidad, que, a las veces, coparticipan de un misticismo metafísico. Figuras como Ignacio de Loyola y algunas personalidades relevantes de los Habsburgos españoles y alemanes pertenecen a este grupo.

La psicología étnica confirma en parte la correlación que entre constitución y temperamento acabamos de describir. De las dos razas principales de la Europa central, la raza nórdica es más de tipo leptosomático: esbelta, de miembros largos, cara estrecha y nariz aguda; en tanto que la raza alpina establecida en torno de los Alpes corresponde, según la descripción de los antropólogos, al tipo pícnico: tipos de baja estatura, rechonchos, de cara ancha y blanda. Correspondientemente se distingue también en el carácter del pueblo el elemento esquizotímico, prin-

cialmente en los pueblos septentrionales, como en los ingleses y alemanes del Norte: frialdad, reserva y energía tenaz; mientras que en los pueblos que poseen un gran contingente de raza alpina, como una gran parte de los italianos y franceses y algunos troncos sudalemanes, se da un temperamento de tipo intensamente ciclotímico, ante todo hipomoniaco: vivacidad alegre e ingenua, efusión y sensualidad. Es significativo que dentro de esta zona étnica nórdicoalpina, predominantemente en la esfera de la raza nórdica más acentuada, nacieran los grandes filósofos y dramaturgos trágicos: Inglaterra, Alemania del Norte, Norte de Francia, y, por el contrario, las grandes capacidades artísticas, pictó-



Tipo atlético

ricas y musicales se hayan dado en la zona de la raza alpina, esto es, en Italia, Sur y Centro de Alemania, hasta Holanda y en Francia, siendo rarísimas en los troncos nórdicos.

Todavía no ha sido investigado cómo se comportan estas cosas en la raza mediterránea, de la que, en gran parte, se halla compuesto el pueblo español. Sin embargo, parece ser que las relaciones entre la estructura corporal y las alteraciones mentales se conducen de un modo semejante, según ha comprobado Sacristán por vez primera.

Si el diagnóstico del espíritu mediante la estructura corporal continúa prosperando en este sentido, proporcionará nuevos caminos no sólo al sabio y al artista, sino también al conocedor práctico de los hombres: al hombre de negocios, al pedagogo y al juez.

ERNESTO KRETSCHMER

(Tomado del Nº 8 de la Revista de Occidente, Madrid).

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Azorín y los escritores de América

CONOCÍ a Azorín allá por septiembre de 1914, recién llegado a España e ignorante todavía de las convenciones de esta sociedad literaria. Estábamos en San Sebastián. Él viajaba por los pueblos de Francia, en esas fiestas de soledad y de espíritu que tanto ama. Él, tan curioso, no creo que haya tenido entonces verdadera curiosidad por las cosas de América. Hablamos de aquella literatura: me declaró francamente no conocerla muy por detalle, aunque desde luego me pidió informes de ciertos jóvenes. Este solo hecho fué muy elocuente para mí. No cabe duda, me dije, que Azorín se da cuenta de todo lo que sobresale, y en materia de literatura americana, atiende, por lo menos, a los saldos definitivos. Pero acaso no se da cuenta—, por no haber querido intentarlo—, de nuestro carácter general, de nuestro ambiente.

—Si no me equivoco—observó—entre ustedes se ha conservado demasiado tiempo el culto y la técnica de Castelar.

Yo no veo ironía en estas palabras; más tarde, el mismo Azorín ha tenido elogios justísimos para Castelar. Pero me parece que en aquel momento se olvidaba Azorín de los orígenes americanos de esta prosa ligera y suelta que tanto conviene a nuestro tiempo; se olvidaba, me parece, de que en Gutiérrez Nájera y en José Martí tiene él mismo—, aunque sin saberlo—, sus precursores.

Recientemente, en *La Nación*, interrogado Azorín sobre los escritores de América, declara su preferencia por Darío y Rodó. Rufino Blanco-Fombona que, con una inquietud de centinela, procura escuchar y recoger todas las opiniones de Europa sobre América, le contesta desde las páginas de *España*.

El choque de dos temperamentos diversos, y aun opuestos, tan definidos los dos, no puede menos de interesar a quien se preocupe de los resultados espirituales de las cosas. Blanco-Fombona es el escritor que se da todo en sus palabras, en sus líneas, y Azorín está todo él entre líneas. ¿A qué no decirlo con sencillez? Blanco-Fombona quisiera tomar a Azorín al pie de la letra, para revelarnos—, si fuere posible—, sus aspectos débiles. Y Azorín, en cambio, gusta del sobrentendido y la reticencia: las intenciones van siempre matizadas en él, con un sonrojo como de pudor.

Pecado—, si lo es—, propio de su